

# Prefacio

En un venerado santuario japonés se conservaba un arpa mágica, de la que, según antiguos oráculos, podría brotar una melodía maravillosa el día que la pulsara un artista capaz de tocarla debidamente. Atraídos por el oráculo, y con la esperanza de hacerse así famosos, eran muchos los que acudían al santuario, aseguraban que eran grandes arpistas y pedían que les dejaran tratar de tocar el arpa mágica. Pero todos fracasaban: del arpa sólo salían ruidos desagradables.

Los bonzos custodios del santuario y todo el pueblo ya casi habían perdido la esperanza de que pudiera aparecer alguien capaz de tocar aquel instrumento misterioso, cuando un día se presentó un hombre, llamado Pei-Woh, que solicitó que le dejaran tocar el arpa. Era un desconocido, y nadie se imaginaba que llegara a lograr aquello en que tantos músicos célebres habían fracasado. Pero al advertir el gesto humilde y respetuoso con que Pei-Woh tendía los brazos para recibir el instrumento, empezaron a sospechar que podía producirse la maravilla tan deseada.

En efecto. Empezó a pulsar el arpa con suma delicadeza, como si acariciara las cuerdas con sus dedos. Daba la sensación de que el arpa y el arpista se fundieran en un solo ser, y como si fueran las cuerdas del arpa las que movieran los dedos de Pei-Woh en sus agilísimos movimientos. Durante un largo rato, que les pareció un instante, los bonzos del san-

tuario y los fieles que tuvieron la suerte de encontrarse allí aquel día se extasiaron escuchando la más hermosa melodía que jamás hubieran podido soñar.

Cuando por fin acabó Pei-Woh de tocar y devolvió con gran reverencia el arpa a los custodios del santuario, éstos, maravillados, le preguntaron cómo había podido tocar aquella música con un instrumento del que los más famosos tañedores no habían sido capaces de sacar ni una nota afinada. Entonces Pei-Woh les respondió, con gran simplicidad:

«Todos los que me han precedido en el intento llegaron con el propósito de utilizar el arpa mágica para cantarse a sí mismos. Yo, en cambio, me he sometido enteramente a ella y le he prestado mis dedos para que no fuera yo quien le impusiera mi música, sino que ella pudiera cantar todo lo que lleva dentro de sí. Entonces, la madera del arpa, que había sido árbol centenario en un bosque, ha vibrado para cantar el ritmo del sol y de la noche, los resplandores de la aurora y del ocaso, la fuerza del viento, el rumor de la lluvia, el silencio de las nevadas, el calor de los veranos y el frío de los inviernos, la ilusión de tantas primaveras y la tristeza otoñal; en una palabra: su historia de árbol. Es un instrumento maravilloso, que no pueden tañer los que están demasiado llenos de sí mismos. Hay que vaciarse ante el arpa para dejar que sea ella la que cante».

Esta leyenda japonesa se publicó en una revista de vanguardia de arte y literatura a comienzo de los

años treinta, en una época en que estaba de moda todo lo oriental, tanto la pintura como la poesía. Un joven que empezaba entonces sus estudios de historia del arte, y que un día se convertiría en notable crítico, Alexandre Cirici Pellicer, la leyó y pensó que Pei-Woh expresaba insuperablemente lo que ha de ser la actitud del crítico y del historiador del arte ante cualquier obra musical, literaria o plástica: receptividad, abrirse al mensaje que el artista quiso poner en su obra. No puede rechazar un retablo barroco alegando que a él lo que le gusta es el gótico o el románico, o menospreciar a Bach llevado de su entusiasmo por Wagner. Puede tener su gusto personal, pero no comprenderá ninguna obra de arte si no la contempla sin prejuicios.

Por mi parte, he pensado que la leyenda de Pei-Woh podría servir también para aproximarse a los salmos sin los prejuicios que a menudo nos bloquean y nos impiden saborearlos y captar su mensaje religioso e incluso humano.

Me entristecen aquellas personas tan suficientes o creídas que osan despreciar los salmos porque les parecen imperfectos, poco espirituales o demasiado alejados del evangelio. Éstos nunca los podrán entender. No se trata de negar las numerosas dificultades que el Salterio, como todo el resto de la Biblia (incluso el Nuevo Testamento) presenta. Pero hay que empezar por inclinarse reverentemente ante el arpa mágica y dejar que ella hable y cante. Algún día entenderás el sentido de aquel salmo, o de aquel versículo, que te chocaba, o simplemente no entendías; de momento fíjate más bien en los que entiendes, que te hablan, y sobre todo que te exigen, y aplica aquella regla de oro de san Gregorio Magno para adelantar en la comprensión de los misterios de las Escrituras: «poner en práctica lo poco que hayas entendido». Si así lo haces, lo comprendido arraiga para siempre, y a la luz de aquella verdad asimilada otros muchos pasajes bíblicos se te abren, y éstos a su vez, puestos en práctica, ilustran otros tantos, como en una cascada de fuegos artificiales.

El Salterio es también un árbol centenario o, por decirlo más exactamente, milenario. No es una obra escrita por un solo autor y de una tirada. Como el arpa mágica, tiene una larga historia de árbol. «Si se hace caso omiso de la dimensión de la historia, entonces las categorías míticas e ideológicas de la interpretación abren brecha en la interpretación de los salmos», dice H.-J. Kraus. Los salmos brotaron de situaciones muy reales, en situaciones individuales o colectivas de todo tipo, en las que alternan prosperidad y desastre, felicidad y sufrimiento. Tenemos oraciones de los tiempos de la monarquía, del exilio, del postexilio y seguramente también de la época de los macabeos. Es cierto que las oraciones de súplica y de alabanza individuales resultan difíciles de asignar a una época determinada, porque la mayoría de problemas que las suscitaron son de todos los tiempos; sin embargo no puede dudarse de que corresponden a una situación particular que se dio en un momento concreto, y no de alguien que se puso a escribir sobre determinado tipo de estados de ánimo.

En los libros históricos, y también en los proféticos, encontramos muchas oraciones que diversos personajes dirigen a Dios, pero hay un libro que contiene sólo oraciones, sin contexto (aunque posteriormente a alguna de ellas se les asignaron títulos que sugieren un contexto histórico): es el libro de los Salmos. Cada uno de los salmos de este libro, igual que los cantos y plegarias de los demás libros, salió de una situación concreta. Los salmos son, como dice Von Rad, «la respuesta de Israel», que no permaneció mudo ante las acciones salvíficas de su Dios en los sucesivos momentos de su atormentada historia, sino que se esforzó por actualizarlas mediante esbozos históricos siempre nuevos y, además, «se dirigió personalmente a Yahveh, le alabó, le formuló nuevas preguntas, se lamentó ante él de sus sufrimientos, porque Yahveh no se eligió un pueblo como objeto mudo de su voluntad histórica, sino para dialogar con él», y esta respuesta de Israel la encontramos en gran parte, como bien dice Von Rad, en el Salterio.

De cada una de estas épocas, algunas de las infinitas plegarias dirigidas a Dios se consignaron por escrito y se fueron coleccionando y, más tarde, como explicaremos, se fueron agrupando los cantorales o colecciones, hasta quedar fijado el conjunto del Salterio definitivo. Así, nuestros ciento cincuenta salmos son la selección y destilación de lo mejor de lo mejor de mil años de oración de Israel. Pero este tesoro no lo podrá saborear quien se acerque a ellos cegado por sus prejuicios.

Hay otro tipo de personas, en relación con los salmos, a las que este libro quisiera ayudar. No son los que los desprecian, sino que los valoran, los admiran, se enfervorizan y deleitan con ellos, pero sólo, o principalmente, dejándose llevar del impacto ambiental que la salmodia les produce. Son personas algo románticas, adictas al latín, aunque no lo entiendan, al gregoriano y a la música de órgano. En cambio el texto de los salmos no les importa demasiado. Un historiador de la espiritualidad monástica, el P. Jean Leclercq, citaba estas palabras del antiguo Prior de la Abadía de María Laach, Emmanuel von Severus: «Cuando a las cuatro de la mañana entramos en la Iglesia, todavía oscura, y se encuentra ya en ella a un huésped, nos precipitamos hacia él para encender la luz, mas él nos dice: “Dejadla apagada, no tengo necesidad de leer, no tengo necesidad de ver: me basta con escuchar”. Cuántas veces me han dicho los huéspedes: “No puede usted imaginarse la influencia luminosa, pacificadora y penetrante que ejerce esta salmodia rítmica sobre un oyente llegado de este mundo abrumado de fatiga”» (*Espiritualidad occidental: Fuentes*, Sígueme, Salamanca 1967, p. 335). No tengo nada, muy al revés, contra quienes van a un monasterio a retirarse por unos días, o simplemente entran en una iglesia de ciudad en busca de un rato de silencio para encontrar a Dios y a la vez encontrarse a sí mismos; con todo, la oración de los salmos de la que se habla en este libro es la que se basa en su texto, con la ayuda quizás de aquellos elementos ambientales, pero sin que jamás la escenografía devore las palabras sagradas.

Por eso, antes de entrar a fondo en la explicación de la oración de los salmos, hay que dejar bien claro lo que *no* es. A continuación se puede ver la curiosa imagen de un *Quiropsalterio*, una mano con unas palabras escritas en su palma y a lo largo de los dedos. Está tomada del *Rosetum exercitiorum spiritualium* de Jan Mombaer (1460-1510), uno de los más ilustres representantes de la escuela de espiritualidad llamada *devotio moderna*. El libro se publicó por primera vez el 1496, si bien la página que reproducimos está tomada de la edición, muy aumentada, de París, el 1510. Como reacción contra una liturgia celebrada en una lengua, el latín, que la gran mayoría del pueblo no comprendía, en la Europa medieval proliferaron las devociones, practicadas al margen del culto, o incluso durante la celebración de los sagrados oficios; pensemos que hasta el concilio Vaticano II era frecuente que durante la santa misa se predicara y se rezaran novenas y rosarios. Ocurrió que incluso entre religiosos y clérigos, que sabían latín y deberían comprender las palabras de los salmos que rezaban, se difundieron prácticas piadosas durante los oficios. Algunos autores empezaron a sugerir temas espirituales para meditarlos mientras se rezaban los salmos, como cuando en el rosario se medita un misterio mientras se repiten avemarías. El invento del *Quiropsalterio* de Mombaer consistía en dividir la palma de la mano y los dedos de la mano izquierda en zonas, en cada una de las cuales estaba escrita una virtud, actitud espiritual o tema teológico; así, en el pulgar puede verse *laudatio*, *admiratio*, *contemplatio* (alabanza, admiración, acción de gracias). El truco consistía en aprenderse de memoria el quiropsalterio y entonces el monje o canónigo, mientras estaba en el coro salmodiando, con el pulgar de la mano derecha apretaba sucesivamente las distintas zonas, y así, por ejemplo, sabía que durante el primer salmo, dijera lo que dijera el texto sagrado, él había de practicar la alabanza, durante el segundo salmo la admiración, durante el tercero la acción de gracias, y así sucesivamente. Cantaba salmos, pero

era como música de órgano que serviría de telón de fondo para la meditación de aquellos temas.

Otro ejemplo de lo que *no* debe ser la oración de los salmos sería un devocionario de los que se usaban antes del movimiento litúrgico, con dibujos de los sucesivos momentos de la misa y unas oraciones para cada uno de ellos, que no tenían nada que ver con el sentido de lo que el sacerdote decía o hacía. En uno de estos devocionarios, el autor, en el prólogo, exhortaba al lector a seguir fielmente sus instrucciones con esta promesa: «Yo te aseguro, querido lector, que si dices las oraciones de este devocionario en los momentos que se indican, se te pasará la misa sin darte cuenta».

Estas páginas pretenden todo lo contrario: que cuando cantas o rezas los salmos te des cuenta de lo que dices. Quieren ayudar a adentrarse en la oración de los salmos de un modo vital, partiendo de la realidad de que aunque hay muchos y muy buenos comentarios exegéticos al libro de los Salmos, no abundan los que sirvan de modo práctico para aprender a orar con ellos.

La primera parte es una introducción algo técnica al libro de los Salmos, en la que lo más importante es la clasificación según los géneros literarios. Era necesario dar algunas informaciones de este tipo antes de ir a lo que sin duda más le interesará al lector.

En la segunda parte se agrupan una serie de consideraciones acerca de la espiritualidad de los salmos, centradas en la cuestión de la oración. En esta parte trataremos de explicar cómo oraban los israelitas con los salmos, pero también y sobre todo cómo podemos nosotros utilizarlos para nuestra oración personal o comunitaria. No rehuimos la famosa cuestión de los llamados salmos imprecatorios, y confiamos que unas simples pistas permitan que, en vez de ser obstáculo a nuestra salmodia, le den realismo y arraigo en la vida.

Viene después, en la tercera parte, el comentario a unos cuantos salmos. No se han escogido por-

que sean los más importantes o los más famosos (aunque no faltan ni de unos ni de otros), sino porque podían servir de ejemplo, ya que no los podemos comentar todos, para dar un método para su estudio y un estilo tanto para rezarlos como para meditarlos.

Finalmente, dado el carácter práctico de este libro, y pensando en que la gran mayoría de sus lectores querrán comprender los salmos principalmente para poderlos rezar mejor en las celebraciones litúrgicas, hemos dedicado una cuarta parte al uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, guiados sobre todo por la orientación oficial que es la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* (en adelante: OGLH), que, como las demás introducciones a los libros litúrgicos reformados después del concilio, es un óptimo instrumento pastoral y catequético.

De acuerdo con la presentación habitual en la colección «Para comprender», se han seleccionado una serie de textos con testimonios de todos los tiempos, desde la piedad judía y los Padres de la Iglesia hasta algunos autores contemporáneos, que, convenientemente intercalados, completarán útilmente la exposición sistemática. Confío que estas páginas ayuden efectivamente a «comprender los salmos» a todos aquellos que los rezan, y que al mismo tiempo puedan suministrar un instrumento útil para la catequesis popular de iniciación en la oración cristiana de los salmos.

De este modo nos proponemos estimular al lector a lanzarse decididamente a penetrar en los salmos. El autor de un libro sobre la piedad de los salmos lo titulaba *Miel de la roca*, aplicándoles una enigmática expresión de Dt 32, 13, y con razón, porque tienen la cáscara dura. Entrar en el mundo de los salmos es al principio difícil, pero cuando uno ha hecho el esfuerzo de romper la cáscara, puede saborear una pulpa dulce como la miel, y entonces los demás materiales para la oración se encuentran fofos e insípidos. A este esfuerzo inicial quisiéramos animar a todo aquel que lea estas páginas.

Cuentan que, al salir un hombre de la iglesia, le preguntó un amigo: «¿De qué ha hablado el cura en el sermón?» «Del diablo», le contestó aquél. El otro insistió: «¿Y qué ha dicho del diablo?» «No lo he entendido muy bien –dijo el primero–, pero me ha

parecido que estaba más bien en contra». Por lo que a los salmos se refiere, desearía que, después de leer este libro, al menos quedara del todo claro que estoy decididamente a favor.

*Hilari Raguer*



*Pintura mural,  
capilla de san Martín.  
Catedral Vieja. Salamanca.*

# Introducción al libro de los Salmos

## 1. El libro de los Salmos

### 1.1. Nombre. Lugar en las Biblias

Nuestro *Libro de los Salmos* o *Salterio* recibe en la Biblia hebrea el nombre de *Tehillim* (plural anormal de *tehillah*, «alabanza» o «himno de alabanza»), o bien *Sefer Tehillim*, «libro de las alabanzas», y se encuentra, en primer lugar, entre los libros que forman la tercera parte de la Biblia hebrea, los *Ketubim* (literalmente: «escritos», llamados también «hagiógrafos»), que se hallan a continuación de la *Torá* («Ley» o, más exactamente «enseñanza») y los *Nebiim* («Profetas»). No todos los salmos son himnos de alabanza, pues lo que en ellos predomina son las súplicas o peticiones. Sin embargo, el hecho de que la compilación fuera llamada *Tehillim* indica la importancia primordial que los recopiladores finales del libro dieron a este género de oración. El nombre que mejor cuadraría al conjunto de oraciones contenidas en este libro sería el de *mizmor* (forma substantivada del verbo *zamar*, que significa cantar acompañado de un instrumento de cuerda), que se halla en el título de 57 de los 150 salmos.

La traducción griega de la Biblia llamada de los LXX los denominó *Psalmoi* («Salmos») o *Biblos Psalmon* («Libro de los Salmos»). De esta última forma se los designa en Lc 24,44 y Hech 1,20. Sólo un códice (el *Alexandrinus*) le da el nombre de *Psalterion*, que propiamente es el nombre del instrumento de cuerda con que se debían acompañar.

En la Biblia griega los salmos también encabezan la tercera sección, la de los libros didácticos o sapienciales. Añade un salmo 151, que no se halla ni en la Biblia hebrea ni en la latina, y que no consideramos canónico. Lo mismo ocurre con la antigua versión siríaca, que cuenta 155 salmos.

Las traducciones latinas, siguiendo la griega, le dan los nombres de *Liber psalmoreum*, *Psalterium* o *Liber Psalterii* y lo colocan también en el tercer grupo de escritos inspirados, pero no en cabeza del grupo sino después de Job. Es el lugar que ocupa en nuestras modernas Biblias, que a pesar de ser traducción directa del original hebreo respetan el orden tradicional.

### 1.2. Numeración

Los 150 salmos auténticos no se dividen igual en las Biblias. Los salmos 9 y 10 hebreos forman uno solo en los LXX griegos y en la Vulgata latina (9,1-21 y 9,22-39). Desde el salmo 11 al 113 el hebreo cuenta una unidad más que los LXX y la Vulgata. También los 114 y 115 hebreo son uno solo en las versiones griega y latina, como salmo 113,1-8 y 113,9-26. Inversamente, el 116 hebreo se divide en los LXX y la Vulgata en los salmos 114 y 115. Pero el 146 y 147 de las versiones se unen en el hebreo para formar el 147,1-11 y 147,12-20, y así los tres últimos salmos, 148, 149 y 150, acaban igual. Por tanto, en la mayor parte del libro, los dos grandes bloques del 11 al 113 y del 117 al 146, la numeración hebrea cuenta una unidad más:

## 1 CORRESPONDENCIA ENTRE LAS DOS NUMERACIONES DE LOS SALMOS

Hebreo	Griego, Vulgata y libros litúrgicos
1-8	1-8
9	9,1-21
10	9,22-39
<b>11-113</b>	<b>10-112</b>
114	113,1-8
115	113,9-26
116,1-9	114
116,10-19	115
<b>117-146</b>	<b>116-145</b>
147,1-11	146
147,12-20	147
148-150	148-150

Las Biblias modernas, que traducen directamente del original, ofrecen en primer lugar la división y numeración del texto hebreo, pero suelen añadir entre paréntesis la numeración griega y latina, que es la oficial de la Iglesia católica y la adoptada en el misal, leccionarios de la misa, rituales de sacramentos y Libro de la Liturgia de las Horas, así como en los estudios sobre estos libros litúrgicos. De este modo, «Salmo 110 (109)» significa el salmo 110 de la numeración hebrea, que es el 109 de la numeración griega y latina, y, por tanto, la litúrgica.

En casi todo este libro, mientras no se diga expresamente lo contrario, citaremos los salmos según la numeración hebrea. Pero en la cuarta parte, sobre el uso de los salmos en la Liturgia de las Horas, donde tendremos que citar copiosamente documentos litúrgicos oficiales, la numeración seguida será la litúrgica.

### 1.3. Divisiones

Nuestro Salterio se halla dividido en cinco libros, cada uno de los cuales acaba con una doxología, es decir, una frase de alabanza (41,14; 72,19; 89,52; 106,48; el 150 es todo él la doxología conclusiva del

libro entero, como explicaremos en la tercera parte, comentando este salmo. Se ha hecho notar que al final del salmo 135,21 hay también una doxología: «Bendito en Sión el Señor, que habita en Jerusalén», que es posible que fuera la primitiva conclusión del 5º libro, lo cual significaría que los salmos 136-150 se habrían añadido posteriormente. En todo caso, esta división en cinco libros se hizo, cuando el Salterio ya se había formado, para que correspondiera a los cinco libros de la Ley de Moisés, según el ciclo de lecturas para las sinagogas. No son, pues, libros de salmos que existieran antes de nuestro Salterio.

En cambio, hay indicios de colecciones anteriores a la compilación definitiva y a la división final en cinco libros. En 72,20 leemos: «Fin de las plegarias de David, hijo de Isaí», indicación que parece contradecir el hecho de que hay antes de este punto salmos no davídicos, y después otros davídicos. Esto significa que anteriormente los dos primeros libros formaban uno solo, atribuido a David. Si atendemos a los títulos que dicen «salmo de David», hay dos series o colecciones davídicas: salmos 3-41 y salmos 51-72 (aunque el 72 dice «de Salomón», y otros tres [1, 2 y 33] no llevan título de autor). La primera colección davídica (1-41) es bastante homogénea, y la mayoría de sus salmos dan a Dios el nombre sagrado de *Yahveh*. La segunda colección davídica (Salmos 42-89) llama a Dios *Elohim*.

Hay series de salmos que llamamos *elohístas* y otros que calificamos de *yahvistas*, porque los primeros llaman a Dios *Elohim* y los segundos *Yahveh*. Parece ser que en algunos salmos primitivamente elohístas el nombre divino, no sabemos por qué, fue cambiado por el de *Yahveh*. En la traducción litúrgica castellana, *Yahveh* se ha traducido siempre por «Señor», y *Elohim* por «Dios».

Otro indicio de la variedad de colecciones primitivas son los dobles o repeticiones: el salmo 14 y el 53 son iguales, salvo el v. 6, y con la diferencia de que el 14 es yahvista y el 53 elohísta. El salmo 70 reproduce el 40,14-18. El 108 coincide con 57,8-12 y 60,7-14.

Otras colecciones primitivas subyacentes a nuestro Salterio son las siguientes:

– Los salmos 42-49, en el interior del «Salterio elohísta» (Salmos 42-83), se atribuyen a los «hijos de Coré» (a quienes se atribuyen también los 84-88). Algunos de este grupo destacan por la elevación religiosa y por la belleza literaria; mencionemos particularmente el 42-43, el salmo de la cierva y la sed de Dios.

– Del 73 al 83, y también el 50, que va solo, se atribuyen a Asaf.

– Salmos del reino de Yahveh (93-99).

– Salmos aleluyáticos (104-106; 111-117; 135; 146-150).

– Cantos «graduales» o de las peregrinaciones (120-134).

– Más salmos davídicos (101; 103; 108-110; y el gran bloque 138-145).

Las características formales y la situación de vida de los salmos del reino de Yahveh y de los graduales se explicarán más abajo, al tratar de los géneros literarios.

#### 1.4. *Formación del Salterio*

Teniendo en cuenta los grupos que acabamos de identificar, podemos tratar de reconstruir del modo siguiente el proceso de formación del Salterio:

a) La parte más primitiva sería la colección elohísta (42-83), que agrupó estas tres colecciones ya preexistentes: salmos de los hijos de Coré (42-49), de David (51-71 ó 72) y de Asaf (73-83).

b) Al final de esta primera parte se añadieron algunos salmos no elohístas.

c) Se antepuso a todo lo anterior la colección davídica (2-41) y, como prólogo a todo el conjunto 2-89, el salmo 1.

d) Posteriormente se incorporaron las demás pequeñas colecciones de la segunda parte del Salterio, en un tiempo y según unos criterios difíciles de precisar.

En realidad, es poco lo que sabemos con certeza sobre la formación del Salterio, pero podemos dar por seguro que no se trata de una simple yuxtaposición de salmos, sino que el orden o situación de cada uno de ellos tiene una gran importancia. Como en las catedrales góticas, una estatua o un vitral, además de lo que por sí mismas representan, significan algo más según el lugar de la fachada o de la nave en que se hallan, y según las demás imágenes que las rodean. Según Ramón Ribera-Mariné, que está investigando de modo muy original esta cuestión, la razón principal que presidió la ordenación definitiva fue la interpretación mesiánica. Pero el misterio sigue: este autor aplica al Salterio lo que un antiguo autor judío dijo del Cántico de los Cánticos: «Hemos perdido la llave de este libro», es decir, del libro como tal, como una obra seguida.

El libro de los Salmos quedó definitivamente fijado tal como ahora lo tenemos a mediados del siglo III a.C. El prólogo de la traducción del libro de Ben Sira (hacia 117 a.C.) ya da este libro como formando parte de las Escrituras: tres veces menciona las tres partes, *Torá* (Ley), *Nebiim* (Profetas) y *Ketubim* (Escritos). Con toda seguridad, los *Ketubim* empezaban entonces por los salmos. Este traductor parece afirmar que en tiempos del autor (su abuelo Ben Sira, s. III a.C.) ya se contaba el Salterio entre los libros sagrados. Parecen confirmarlo el propio Ben Sira 47,8-10, 1 Mac 7,17 (que cita un salmo como Palabra de Dios) y, más antiguo aún, 1 Crón 16,36, que cita la doxología del salmo 106,48.

#### 1.5. *Títulos bíblicos*

Cuando hablamos de «títulos bíblicos» de los salmos, no nos referimos a los titulares que les anteponen las modernas ediciones de la Biblia, sino a



unos epígrafes que se nos han transmitido tanto en el texto hebreo como en todas las versiones antiguas. Muchos salmos van precedidos de unas indicaciones de diversa índole que son del mayor interés, aunque generalmente se considera que no forman parte del texto inspirado. En el Salterio hebreo llevan título 116 salmos, de los que 73 son para atribuir aquel salmo a David. En la versión griega de los LXX son 131 los que tienen título bíblico y 84 los atribuidos a David.

Los títulos bíblicos son de distintos tipos:

a) Sobre el género de aquel salmo. Los más frecuentes son *mizmor* (salmo); 57 veces; *shir* (canto), 30 veces; *maskil* (poema didáctico, o tal vez signifique «compuesto artísticamente», 13 veces; *tefillah* (oración), 5 veces; *tehillah* (himno de alabanza), que sólo se encuentra en el salmo 145, pero curiosamente es el que ha dado su nombre a todo el Salterio. Es muy discutido el título *miktam* (6 veces), que los LXX y el Targum arameo traducen por «poema para inscripción», y Kraus interpreta como «poema para fijar indeleblemente un acontecimiento».

b) *Lamed*, letra hebrea ele, que como preposición tiene el sentido general de dirección, tendencia o relación. Así, hallamos 73 salmos con el título *ldawid*, que se puede entender como indicación de autor (*lamed auctoris*) y entonces se traduciría por «salmo de David», bien como información temática, que significaría «salmo acerca de David». También encontramos *lamed* «de Asaf» (12 salmos), «de los hijos de Coré» (otros 12), «de Salomón» (Salmos 72 y 127), «de Heman, el ezaíta» (Salmo 88), «de Etan, el ezaíta» (Salmo 89) y de Yedutun (Salmo 39). Tenemos 57 salmos con el título bíblico *lmenasseah*, que al parecer significa «del (o «para el») maestro de coro», y que debe de ser una indicación musical; de estos 57 salmos, 53 llevan al mismo tiempo la atribución a algún otro personaje. La referencia a David puede indicar simplemente la existencia de antiguas colecciones daví-

dicas (cf. Salmo 72,20; 2 Crón 29,30), sin que esto implique que el rey David fuera personalmente su autor.

c) Es muy difícil saber el sentido de *lelamed* («para enseñar») y de *le'annod* («para aprender»), y peor aún *selah*, que aparece no como título sino en el interior de 39 salmos (71 veces), tal vez para indicar una pausa o para separar estrofas.

d) Explicaciones litúrgicas: *shir hamma'alot*, «canto de las subidas» o «gradual», puede referirse a los peregrinos que «subían» a Jerusalén, o a las gradas o escalones del altar o del Templo; «Canto para la dedicación del Templo» (Salmo 30); «canto para el día del sábado» (Salmo 92). Tal vez sean de este género las indicaciones «para conmemorar» y «como memorial» (Salmos 38 y 70). La versión griega de los LXX presenta más títulos litúrgicos, y en esto probablemente refleja una recensión hebrea antigua.

e) Históricas, que explicitan la atribución a David y relacionan un salmo con David cuando huía de Saúl (Salmo 7; 18; 34; 52; 57; 59; 63; 142), tras su gran pecado (Salmo 51), en sus guerras (Salmo 60) o cuando huía de Absalón (Salmo 3). Se añadieron tardíamente, con la intención de situar la plegaria del salmo, a menudo abstracta, en una problemática histórica concreta. La riqueza humana y religiosa de la vida de David se prestaba muy bien a estas aplicaciones. Los LXX añaden todavía más indicaciones históricas.

## 1.6. *Relecturas*

El libro de los Salmos, como dijimos en el prefacio, es el resultado de un largo proceso de acumulación de textos y de sucesivas revisiones. No sólo se añaden salmos nuevos, sino que se interpretan de un modo nuevo salmos antiguos, y este nuevo modo de entender un salmo (su nueva lectura o *re-lectura*) se traduce en retoques al texto anterior o en la añadidura de palabras, versículos, estrofas o hasta salmos enteros.

### 1.6.1. *El hecho de las relecturas*

La libertad con que los autores del Nuevo Testamento manejan las Escrituras no es una novedad absoluta: en el seno mismo del Antiguo Testamento hallamos ya una extraordinaria vitalidad en el proceso de actualización de la Palabra de Dios. La base de este fenómeno es la convicción de que «una palabra, que fue dirigida en una época determinada a una comunidad determinada, conserva su valor en otra época para otra comunidad que vive otra experiencia» (M. Gourgues). «La palabra antigua sigue siendo válida... tiene siempre algo que decir para ayudar a vivir la situación actual»; por eso hemos de consultarla «a partir de esta situación nueva, a fin de descubrir en ella nuevas dimensiones, con la ayuda de este nuevo punto de vista» (F. Dreyfus).

«No se puede leer el Antiguo Testamento más que como el libro de una expectación que no cesa de crecer» (G. Von Rad). La promesa de la tierra a los patriarcas, por ejemplo, toma sucesivamente diversos contenidos, ninguno de los cuales agota del todo las expectativas del pueblo de Dios: Israel continúa esperando. Momentos de este proceso histórico son las alianzas con los patriarcas, la revelación del Nombre, la alianza del Sinaí, la conquista de la tierra prometida, el establecimiento de la monarquía, las promesas a David, la fundación de Sión, el Templo, etc. Los aparentes incumplimientos de las promesas aguzan esperanzas mayores. Los profetas consideran algunos de estos acontecimientos no sólo como hechos pasados sino también como susceptibles de ser proyectados hacia el futuro, que es donde hallarán su realidad más plena. Israel es un pueblo en movimiento no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, abierto siempre a ulteriores realidades religiosas: «Israel vive en el tiempo como un extranjero» (Von Rad).

Ciertos actos salvíficos de Yahveh son celebrados con himnos en pasado, pero al mismo tiempo

suscitan oráculos anunciadores de futuras intervenciones salvíficas de Dios. A menudo en los salmos se hace memoria de favores pasados como argumento para «convencer» a Dios de que realice hoy algo análogo, o para infundir al pueblo la confianza de que lo hará (p. ej., Salmos 85 y 126). Es característica de las predicciones de los profetas «una misteriosa combinación entre la fidelidad a la antigua tradición sobre la salvación y la superación radical de esta tradición» (Von Rad); p. ej., el anuncio de la nueva alianza de Jr 31,31 evoca la alianza del Sinaí, pero la interioriza. Sobre la medida de la fidelidad a la tradición y de la abertura a un futuro nuevo, el carisma profético infunde a aquel a través de quien Dios habla una gran libertad, cuyo grado varía en cada caso. «Tenemos motivos para suponer que cuando los apóstoles y evangelistas tomaban, dejaban o modificaban algo del Antiguo Testamento, lo hacían con una libertad carismática análoga a la de los profetas» (Von Rad).

Lugar privilegiado para esta actualización era el culto. En la época postexílica, la traducción que en la liturgia sinagoga se hacía del texto hebreo al arameo (*targum*, en plural *targumim*) contenía a menudo ampliaciones, adaptaciones o explicaciones edificantes. La versión griega de los LXX fue también ocasión de adaptaciones o reinterpretaciones de cara a sus destinatarios helenistas.

### 1.6.2. *Relecturas en el Salterio y sobre el Salterio*

El fenómeno de las relecturas se da de un modo especial en el seno del libro de los Salmos. En muchos de ellos pueden apreciarse distintos estratos redaccionales, y sin duda el proceso de agrupación del libro dio lugar a retoques que reflejan reinterpretaciones. El caso más claro de relecturas dentro de un mismo salmo es el del salmo 89, como veremos al comentarlo en la tercera parte: una catástrofe nacional lleva a añadir a las primeras promesas una lamentación y una súplica, con lo que cambia diametralmente el tono del salmo.

---

## 2 JESUCRISTO, CLAVE DEL SALTERIO DE DAVID

No hay la menor duda de que todo lo que se ha dicho en los salmos hay que entenderlo según la doctrina evangélica, de suerte que, cualquiera que sea la persona por la que el espíritu de profecía hubiera hablado, lo refiramos todo al conocimiento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, a su encarnación, su pasión y su reinado, y a la potencia y la gloria de nuestra resurrección (...).

En el Apocalipsis de san Juan se nos enseña: «Al ángel de la Iglesia de Filadelfia escribe: Esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene *la llave de David*, y si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir» (cf. Is 22,22). Tiene la llave de David, porque él desata aquellos siete sellos, o sea todo lo que David profetiza en los salmos acerca de su encarnación, pasión, muerte, resurrección, gloria, reinado y juicio, abriendo así lo que nadie puede cerrar, y cerrando lo que nadie puede abrir (...). Porque nadie sino él, de quien estos misterios se profetizaron y por quien fueron cumplidos, nos proporcionará la llave (clave) de su comprensión (...). Por eso sigue diciendo: «Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos? Pero nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Y yo lloraba mucho porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los ancianos me dice: No llores; mira, ha triunfado el León de la tribu de Judá, el retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos» (Ap 5,1ss). (...) Creyendo en aquellos misterios que por medio de él se cumplieron, todo aquello que estaba sellado y cerrado se abre y se revela.

San Hilario de Poitiers, *Tratado sobre los Salmos*, Introducción, n.º 6.

---

Pero lo más importante del fenómeno de las relecturas, en el caso de los salmos, es la gran relectura que de todo el Salterio hacen los autores del Nuevo Testamento, que lo interpretan todo él como una gran profecía acerca de Cristo y de la Iglesia. De ahí que en el lenguaje de la Iglesia primitiva se dé a David el título de profeta. Cuando se dice sin más «el profeta», es David, o sea el Salterio,

que se le atribuía entero, tal como «el apóstol» por antonomasia es san Pablo. San Hilario de Poitiers (ver recuadro en esta misma página) afirma que Cristo es la *clavis David*, la llave o clave de David, es decir, del Salterio atribuido al rey David, que lo abre y lo cierra, porque con sus misterios redentores «cierra» lo que en los salmos se había anunciado de él, y nosotros, por la fe en aquellos misterios de Cristo, «abrimos» el Salterio, es decir, penetramos en él y lo entendemos.

Convenía recordar el fenómeno de las relecturas porque es la justificación de la interpretación cristiana de los salmos. Desde el punto de vista judío, las citas sálmicas contenidas en el Nuevo Testamento y en general el uso cristiano de los salmos son una manipulación, que se aleja del sentido genuino del salmo. Pero ante esta objeción podemos presentar el hecho de que en el seno del mismo Antiguo Testamento, y en particular del Salterio, son muy frecuentes las reinterpretaciones de textos antiguos en función de circunstancias cambiantes.

## 2. Géneros literarios

Aunque desde siempre se ha admirado la gran variedad de los salmos y se ha tratado de clasificarlos (los mismos títulos bíblicos son en buena parte un intento de clasificación, y san Atanasio de Alejandría nos ha dejado una clasificación muy interesante y erudita en su *Epístola a Marcelino sobre los Salmos*), el estudio técnico de los géneros literarios de los salmos parte de la obra de Hermann Gunkel *Einleitung in die Psalmen* (trad. española: *Introducción a los Salmos*, Edicep, Valencia 1983). El punto de partida de Gunkel era la situación de vida o contexto existencial:

«Las obras literarias de épocas y ambientes primitivos se distinguen de las de los pueblos desarrollados precisamente por el hecho de que no son concebidas puramente como obras escritas, sino que proceden de la vida real de los hombres y tienen su

realización en esta vida: un grupo de mujeres entona un canto triunfal ante el ejército que vuelve victorioso; las plañideras entonan, junto al ataúd, la conmovedora canción de los muertos; en el atrio del santuario, un profeta hace oír su voz atronadora ante la asamblea. Estos ejemplos, que se pueden multiplicar fácilmente, bastan para determinar que la clasificación de los géneros de una literatura antigua debe hacerse según las diversas circunstancias vitales en que nacieron estos géneros (...). La distinción de los géneros es un elemento intrínseco que se ha impuesto incluso a aquellos que descuidaban, más o menos, su importancia sin preocuparse de elaborar una interpretación de conjunto apoyados en esta base».

Haciendo el balance de los intentos hasta entonces realizados para clasificar los salmos, decía Gunkel:

«El único resultado que se ofrece a nuestra consideración es la humilde afirmación de los estudiosos: es absolutamente imposible clasificar los salmos; o, al menos, esta clasificación no ha podido hacerse hasta la fecha».

Y añadía:

«Así las cosas, se impone proceder con la mayor prudencia posible. La clasificación no puede depender de la propia inventiva, sino que debe estar fundamentada en los mismos materiales. El investigador debe procurar, en consecuencia, devolver a estos poemas su estructura primitiva, la que les es natural. Debe analizar atentamente la entidad originaria de los mismos. De este modo, tales poemas quedarán automáticamente clasificados según los distintos géneros».

A partir de Gunkel, la investigación ha progresado en gran manera en los últimos cincuenta años gracias a un mejor conocimiento de la literatura judía no canónica (Salmos de Salomón, Himnos de Qumrán) y de la poesía sagrada de los demás pueblos del Oriente antiguo (Egipto, Sumer, Ugarit).

La clasificación que a continuación ofrecemos es la del P. Guiu Camps. A alguien le podrá parecer demasiado complicada en comparación con las que ofrecen otros autores, pero seguramente es la

que mejor responde a la complicación del propio Salterio con su gran variedad de géneros literarios, que alternan incluso dentro de un mismo salmo. Inversamente, algunos salmos pueden catalogarse en más de un grupo, porque según sean de un tipo u otro, presentan, a la vez, alguna característica importante que los asimila a otro grupo.

Junto a los salmos pertenecientes a cada grupo o subgrupo, indicamos algunos cánticos del Antiguo o incluso del Nuevo Testamento que pertenecen al mismo género. Como sea que para el lector la sola indicación del número de los salmos no bastaría para identificarlos (a menos que se tomara la molestia de buscarlos uno por uno en la Biblia), damos en cada caso sus palabras iniciales, según la traducción litúrgica oficial, que es la que más nos suena o, en su defecto, para los cánticos no utilizados en la Liturgia de las Horas, según la Biblia de Jerusalén.

## 2.1. *Salmos festivos*

### 2.1.1. *Cantos de alabanza a Dios sin invitatorio*

Los cantos de alabanza tenían su situación de vida en la celebración de las fiestas y en el culto de cada día. Acompañaban la ofrenda de los sacrificios, la confesión de culpas del pueblo y otros ritos. En ocasiones extraordinarias, tales como una gran victoria militar, el traslado del arca o la dedicación del Templo, no faltaban himnos de alabanza junto a los cantos de victoria o de aclamación.

Los cantos de alabanza sin invitatorio alaban a Dios por lo que es (su grandeza, gloria, poder, sabiduría, bondad), por lo que hizo al crear el mundo (los astros, el sometimiento del mar tumultuoso, el germinar de la vida sobre la tierra, la creación del hombre puesto por encima de las demás criaturas), por lo que ha hecho para salvar a su pueblo (sobre todo la liberación de Egipto, las maravillas del desierto, el don de la tierra) y por todo lo que en su sabia providencia hace cada día en el gobierno del

universo y en bien de todos los hombres (la lluvia y la fertilidad de la tierra). Los más expresivos son los que hablan de «tú» a Dios, dirigiéndose directamente a él; otros hablan de él en tercera persona, como presentándolo al pueblo.

---

### 3 NO SE PUEDE SER BUEN JUDÍO SIN REZAR LOS SALMOS

Se cuenta del Baal Sem Tob, el iniciador del movimiento hasídico en la Polonia del siglo XVIII, que le pusieron el apodo de *der Telim jid*, que en yiddish significa «el judío de los salmos». Esto se debió a que la espiritualidad hasídica por él iniciada, y su propia formación personal, estaban más centradas en los salmos que en la Torá. En otras palabras, su mensaje era que se puede ser un buen judío sin ser experto en todas las minucias legales de la Torá, pero no se puede ser buen judío si no se rezan los salmos.

Citado por Alberto Mello, en *Un mondo di grazia. Mi-drash sui salmi* (Qigajon, Bose 1995), p. 36.

---

8 ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

19,2-7 El cielo proclama la gloria de Dios.

65 Oh Dios, tú mereces un himno en Sión.

89,6-12 El cielo proclama tus maravillas, Señor.

104 Bendice, alma mía, al Señor. ¡Dios mío, qué grande eres!

#### 2.1.2. *Cantos de alabanza introducidos por un invitatorio*

Son más numerosos que los cantos de alabanza sin invitación. La forma más frecuente es el imperativo de segunda persona («alabad al Señor») o, si el salmista no tiene presentes a los fieles, en forma de deseo («que alaben al Señor»). También puede expresar el salmista su deseo personal («cantaré al Señor», «celebro de todo corazón al Señor», «ensalzaré a mi Dios»).

Después de la invitación viene la motivación, introducida por un «porque» («Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»).

33 Aclamad, justos al Señor.

92 Es bueno dar gracias al Señor.

113 Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor.

117 Alabad al Señor todas las naciones.

135 Alabad el nombre del Señor, alabadlo, siervos del Señor.

136 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

146 Alaba, alma mía, al Señor.

147 Alabad al Señor, que la música es buena.

148 Alabad al Señor en el cielo.

149 Cantad al Señor un cántico nuevo.

150 Alabad al Señor en su templo.

Dn 3,52-90 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres.

• *Variante 1:*  
*En tono marcadamente de alabanza.*

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre.

• *Variante 2:*  
*Se aproximan a formas de acción de gracias sin referirse a un caso determinado de liberación.*

103 Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

145 (alfabético) Te ensalzaré, Dios mío, mi rey.

1 Crón 29,10-13 Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel.

Tob 13,1-9 Bendito sea Dios, que vive eternamente.

Lc 1,46-55 Proclama mi alma la grandeza del Señor.

### 2.1.3. *Cantos de victoria*

Sólo el salmo 68 se puede considerar propiamente un canto de victoria, pero no sabemos a qué acontecimiento se refiere; quizás con el tiempo adquirió un sentido más genérico y acabó celebrando simplemente la soberanía de Dios. Fuera del Salterio, tenemos los cánticos de Moisés (Éx 15,1-18), Débora (Jc 5), Ana (1 Sm 2,1-10) y Judit (Jdt 16,1-17). Igual que en los salmos en que el salmista se exhorta a sí mismo a alabar a Dios, se suelen encontrar los verbos «cantar» y «enaltecer».

**68** Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos.

**Éx 15,1-8.21** Cantaré al Señor, sublime es su victoria.

**Jc 5** Al soltarse en Israel la cabellera.

**1 Sm 2,1-10** Mi corazón se regocija en el Señor.

**Jdt 16,1-17** Cantad a mi Dios con panderos.

- *Variante:*

*Cantos que se asemejan a los de victoria.*

**18** Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

**21** Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

**144** Bendito el Señor, mi roca.

**149** Cantad al Señor un cántico nuevo.

**Is 12,1-6** Te doy gracias, Señor, porque estabas airado contra mí.

**Is 25,1-5** Señor, tú eres mi Dios, yo te ensalzo.

**Is 26,1-19** Tenemos una ciudad fuerte.

### 2.1.4. *Manifestación gloriosa del Señor*

Más que un género aparte, recogemos en esta sección ciertas formas que volveremos a encontrar en varios géneros o familias de salmos.

La teofanía o manifestación gloriosa del Señor en la tempestad era el tema de cantos muy antiguos, que datan de los primeros tiempos de la épo-

ca de los Jueces (ss. XII-XI a.C.). La situación de vida originaria de estos cantos era seguramente el momento de emprender una batalla decisiva, y más en concreto el momento de la llegada del arca de la alianza al campamento de los israelitas, antes de entrar en combate, y que provocaba entusiasmo de propios y terror de extraños, según se nos describe en 1 Sm 4,5-8. Así, el salmo 68 empieza con las palabras que según Nm 10,35 pronunciaba Moisés cuando, durante la estancia en el desierto, el arca se ponía en marcha, y tras ella todo el pueblo: «Se levanta Dios, y se dispersan todos sus enemigos». La llegada del arca desde su santuario al campamento militar era celebrada como una manifestación de Yahveh. Pero ninguno de estos cantos nos ha llegado enmarcado en su contexto primitivo, sino parcialmente incluidos en cantos de victoria, o bien han servido de introducción al anuncio de un juicio de Dios, o de cualquier otra acción salvífica suya.

Estos cantos suelen constar de tres partes. La primera, breve, anuncia que el Señor llega desde el lugar santo donde reside (el Sinaí, Seír, su monte santo, etc.) y que se acerca, generalmente en forma de tormenta. La segunda parte, más extensa, describe la conmoción que experimentan los cielos y la tierra ante la divina presencia. La tercera, muy breve, es un anuncio de salvación. En los textos más tardíos Dios viene para juzgar (a su pueblo, a los enemigos, o a todas las naciones). Los ejemplos más claros son Hab 3 y el salmo 18.

**18,7-20** En el peligro invoqué a mi Dios.

**144,5-8** Señor, inclina tu cielo y desciende.

**68,8-9.15-19.33-36** Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo.

**Dt 33,2-5.26-29** Ha venido el Señor desde el Sinaí.

**Jc 5,4-5.20-21.31** Cuando saliste de Seír, Señor.

**Na 1,2-11** ¡Dios celoso y vengador Yahveh!

**Hab 3** ¡Señor, he oído tu fama!

- *Variante:*

*En cantos de aclamación o sobre la gesta del Éxodo.*

29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.

77,12-21 Recuerdo las proezas del Señor.

97,2-5 Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono.

99,1 El Señor reina, tiemblen las naciones, sentado sobre querubines, vacile la tierra.

114,1-8 Cuando Israel salió de Egipto.

### 2.1.5. *Aclamación al Señor, rey del mundo*

Se ha supuesto que en Jerusalén se celebraba cada año, en el equinoccio de otoño, la fiesta de Año Nuevo, con una procesión con el arca, para recordar la victoria de Yahveh en la obra de la creación y su señorío sobre todos los pueblos. Tal pudo haber sido la destinación original de este grupo de salmos.

Su estructura es como la de los cantos de alabanza, con invitación en segunda persona del plural («aclamad»), pero aquí la invitación, más que a alabar, es a «cantar» o «aclamar» con gritos de fiesta y al son de cuernos, «aplaudir», «prosternarse», etc. Invita a todos los pueblos del mundo, y también a los seres divinos o ángeles a los que llama «hijos de Dios». Los principales salmos de este grupo contienen el grito que el pueblo repetía en la entronización de un nuevo rey («¡Salomón es rey!»), pero aplicándoselo a Dios («¡Yahveh es rey!»). Algunos de estos salmos, los llamados «del reino de Yahveh», datan seguramente del tiempo del exilio babilónico, cuando la institución monárquica ha fracasado y ya no reina ningún príncipe del linaje de David.

Caracteriza a estos salmos el universalismo. Los motivos de alabanza se refieren a la obra salvadora que se extenderá por todo el mundo, y al juicio sobre todos los pueblos.

24 Del Señor es la tierra y todo cuanto la llena.

29 Hijos de Dios, aclamad al Señor.

47 Pueblos todos, batid palmas.

93 El Señor reina, vestido de majestad.

96 Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra.

97 El Señor reina, la tierra goza.

98 Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

99 El Señor reina, tiemblen las naciones.

100 Aclamad al Señor, tierra entera.

- *Variante:*

*Rey del mundo y redentor de Israel.*

Is 42,10-17 Cantad al Señor un cántico nuevo, que lo alaben en el confín de la tierra.

Is 44,23 ¡Gritad, cielos, de júbilo, porque el Señor lo ha hecho!

### 2.1.6. *Cantos de la ciudad de Dios*

Sin invitación inicial, los salmos de este grupo hacen el elogio de la ciudad santa, a causa de la presencia de Dios en medio de ella, lo que la hace invencible. Además, la colma de sus dones y casi la iguala al paraíso (que es un modo de designar el lugar donde se supone que Dios tiene su residencia; cf. las palabras de Jesús al buen ladrón, Lc 23,43). Como en los cantos de aclamación, Dios derrota a los pueblos rebeldes que atacan la ciudad santa, cuya salvación habrá de extenderse a todos los pueblos. Son un elogio indirecto a Dios, a través de su ciudad.

46 Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza.

48 Grande es el Señor, y muy digno de alabanza.

76 Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel.

87 Él la ha cimentado sobre el monte santo.

- *Variante:*

*Varios salmos relacionados con Sión.*

126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar.

132,8-9.13-18 Levántate, Señor, ven a tu mansión, ven con el arca de tu poder.

137 Junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión.

Is 2,2-5 = Mi 4,1-5 Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor.

### 2.1.7. *Cantos de peregrinación*

Los salmos del grupo que acabamos de ver celebran a Jerusalén como ciudad donde Dios habita y como centro del universo; los que vamos a enumerar a continuación la consideran como la capital y el centro de la vida de los israelitas.

Los códigos israelitas más antiguos (Éx 23,17; 34,23; Dt 16,16) ya ordenaban, en las tres grandes solemnidades del año, peregrinar a Jerusalén, donde se custodiaba el arca, símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo y recuerdo de la salida de Egipto y de la conquista de la tierra prometida. En Jc 21,19-21; 1 Sm 1,3-28; 2,11-20 encontramos referencias a las primitivas peregrinaciones anuales al templo de Siló, donde se guardaba el arca de la alianza. El centro religioso de Israel pasó a ser Jerusalén cuando David instaló allí el arca, y más aún cuando Salomón edificó el templo. Más tarde, el precepto de la peregrinación se practicaba de varias maneras, pero la costumbre de las «subidas» a Jerusalén se mantuvo siempre, como podemos ver por el relato de la infancia de Jesús (Lc 2). Los israelitas piadosos estaban contentos de poder ir a Jerusalén a «ver a Dios», eso es, visitarlo en su templo. En el templo se sentían íntimamente unidos a Dios, estaban seguros de que escuchaba sus oraciones y le pedían que bendijera a su Ungido (el rey, que a la vez era como una personificación del pueblo entero) y que concediera paz y seguridad a la ciudad

santa, y por medio de ella a todo el pueblo. En el lenguaje del Nuevo Testamento, «ver a Dios» no querrá decir entrar en un templo, sino contemplarle cara a cara, como hacen los ángeles (Mt 18,10; Ap 22,4), lo cual exige un corazón limpio (Mt 5,8, bienaventuranza de los limpios de corazón; Ap 21,27, en la nueva Jerusalén «no entrará nada impuro»).

Estos salmos de los peregrinos, llamados también «graduales», o «de las subidas» (Salmos 120-134), pertenecen desde el punto de vista de la clasificación en géneros literarios a diversas familias, pero tienen una indudable unidad. Casi todos son breves y muy sentidos. El lenguaje es simple, pero expresivo. Mencionan bastante (al menos en comparación con el resto del Salterio) a Israel, Jerusalén y Sión. Aunque el salmista hable en singular, se trata de un «yo» colectivo. El «niño en brazos de su madre» del salmo 131 es la actitud de confianza filial que quiere adoptar el pueblo entero ante su Dios.

Cuando se recopilaron en una colección, la situación de vida de estos salmos era el ambiente de los peregrinos en el templo restaurado después de la deportación de Babilonia.

84 ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los Ejércitos!

122 Qué alegría, cuando me dijeron: «¡Vamos a la casa del Señor!»

- *Variante:*

*Los salmos graduales, pertenecientes a diversas familias.*

120 En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió.

121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

123 A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo.

124 Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte.

125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

126 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión.



- 127 Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles.
- 128 ¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!
- 129 Cuánta guerra me han hecho desde mi juventud.
- 130 Desde lo hondo a ti grito, Señor.
- 131 Señor, mi corazón no es ambicioso.
- 132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.
- 133 Ved: qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.
- 134 Y ahora bendecid al Señor, los siervos del Señor.

## 2.2. *Entrada en el templo, congratulación, protección divina, felicidad junto al Señor*

### 2.2.1. *Diálogo de entrada al templo*

Hasta entre los paganos había la conciencia de que para comparecer ante Dios era preciso guardar una vida pura. Un canto sagrado egipcio decía: «Bendito el que desembarca en Tebas, residencia de la Verdad (...). Los pecadores no entran en el lugar de la Verdad».

Los judíos acentúan aún más esta exigencia. La llegada de las caravanas de peregrinos era ocasión de un ritual de recepción, con un diálogo entre los fieles que llegaban y el sacerdote que guardaba la entrada del templo.

La estructura suele ser: pregunta de los peregrinos, respuesta del sacerdote y promesa o bendición final.

- 15 Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?
- 24,3-6 ¿Quién puede subir al monte del Señor?
- Is 33,24-16 ¿Quién de nosotros habitará en un fuego devorador...?
- Mi 6,6-8 ¿Con qué me presentaré yo ante el Señor?

### 2.2.2. *Congratulación del sacerdote a los fieles (bienaventuranzas)*

Dentro del Antiguo Testamento, las bienaventuranzas son especialmente numerosas en el libro de los Salmos, donde, por lo demás, parecen haber conservado su situación de vida originaria. En pasajes históricos, las bienaventuranzas pueden tener el sentido familiar de congratulación por algún acontecimiento favorable. En los escritos sapienciales, y en los salmos de estilo sapiencial, han pasado a ser una sentencia que quiere alentar a los que viven como Dios manda. Pero en los salmos a menudo las bienaventuranzas proceden de una situación de vida en la que el sacerdote se dirigía a un peregrino o a un grupo que acudía al templo.

- 1 Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos.
- 112 Dichoso quien teme al Señor y ama de corazón sus mandatos.
- 128 ¡Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos!

• *Variante:*  
*Textos parecidos.*

- Jr 17,7-8 Bendito aquel que fía en el Señor.
- Sir 14,20-15,10 Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría.
- Sir 31,8-11 Feliz el rico que fue hallado intachable, que tras el oro no se fue.

### 2.2.3. *Oráculos que prometen la protección divina*

Como en el grupo anterior, la situación subyacente debió ser la felicitación o el dar ánimo de un sacerdote al fiel o a los fieles que confían en el Señor.

La estructura es: primero, palabras (breves) de un fiel sobre su confianza en el Señor; segundo, un sacerdote o profeta del santuario le asegura que el Señor le protege y que lo guardará de todos los peligros.

91 Tú que habitas al amparo del Altísimo.

121 Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

• *Variante.*

125 Los que confían en el Señor son como el monte Sión.

#### 2.2.4. *Felicidad y seguridad junto al Señor*

Algunos autores llaman a estas oraciones «salmos del huésped de Yahveh». Se parecen al grupo anterior por el tono de esperanza, pero en estos salmos el fiel no recibe ninguna respuesta de un sacerdote, sino que es él mismo quien proclama que se siente feliz de encontrarse acogido junto al Señor. El salmista tal vez funda su certeza en una comunicación divina experimentada mientras dormía (cf. Salmo 16,7: «Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente»). En segundo término pueden aparecer los enemigos que le amenazan, y que quizás personifican al más temible de todos los peligros que corre su relación con Dios: la muerte; cf. 1 Cor 15,26: «el último enemigo vencido será la muerte».

---

#### 4 DEJARSE LLEVAR POR LOS SALMOS HACIA DIOS

Los salmos son palabra de Dios; palabra, que dice él, en cuanto un hombre, arrebatado por él, dice su palabra humana. Por tanto, son revelación, que lleva a la salvación. Pero esto, en una forma particular, a saber: la de la oración. No proceden de la experiencia de un espíritu humano –por ejemplo, de un profeta– que haya conocido la verdad divina y diga «Así habla el Señor», sino de la emoción de un hombre que se dirige a Dios en oración. Tal es el modo como se han de tomar propiamente los salmos; no leyéndolos, considerándolos, estudiándolos, sino dejándose llevar por ellos hacia Dios en su movimiento.

Romano Guardini, *Los Salmos (Obras, II, Cristiandad, Madrid 1981)*, pp. 206-207.

---

Son salmos doctrinalmente muy importantes, porque este clima de amistad íntima con Dios queda abierto a la esperanza de una vida eterna.

Estructura general: Empieza con una declaración de confianza o de felicidad; después alaba la solicitud del Señor para con él, en contraste con la confusión de sus enemigos; finalmente, canta de nuevo la felicidad eterna cerca de Dios. Las cosas materiales que hacen felices a la mayoría de los hombres, tarde o temprano se pierden, mientras que la amistad con Dios, como Dios mismo, no puede ser efímera.

• *Estructura de la variante 1:* un díptico, que contrapone el fracaso de los injustos, excluidos de la amistad de Dios, a la felicidad de los que se refugian bajo sus alas.

• *Estructura de la variante 2:* comienza con una laboriosa reflexión sobre lo bien que se lo pasan los injustos, en contraste con los males que aquejan al justo, pero finalmente Dios le revela que los malos acabarán en un gran desastre, en tanto que los buenos quedarán unidos a Dios por siempre jamás.

4 Escúchame cuando te invoco, Dios defensor mío.

16 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

23 El Señor es mi pastor, nada me falta.

27 El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?

31 A ti, Señor, me acojo: que no quede yo nunca defraudado.

42-43 Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

61 Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica.

62 Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación.

63 Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti.

- *Variante 1:*  
*Esperanza del justo ante la suerte del injusto.*
  - 36 El malvado escucha en su interior un oráculo del pecado.
  - 52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonas contra el piadoso?
- *Variante 2:*  
*Reflexión: el justo no se separará de Dios, mientras que el malo desaparecerá.*
  - 49 Oíd esto, todas las naciones, escuchadlo, habitantes del orbe.
  - 73 Qué bueno es Dios para el justo, el Señor para los limpios de corazón.

### 2.3. Condición divina del Mesías

#### 2.3.1. El Mesías, Hijo de Dios, reinará por siempre y salvará a los desvalidos

Son los salmos reales. Entendemos por salmos reales no todos los que hablan del rey, sino sólo aquellos que se refieren a la fiesta de entronización, o a alguna otra celebración en la que el rey ocupa el lugar central. Todos estos salmos son del tiempo de la monarquía, anteriores por tanto al año 586 a.C., y algunos (45, 89 y quizás el 110) podrían ser de comienzos de la monarquía (s. x a.C.).

En el Israel más primitivo, el único rey era Yahveh. Cuando el pueblo pidió tener un rey como las demás naciones, Dios se lo permitió, pero con la condición de que el rey cumpliera la Ley de la alianza, y previniéndoles contra los peligros del despotismo real (cf. 1 Sm 8,5; 12,12-15; Dt 17,14-20; 1 R 2,2-4; en la Biblia coexisten una versión monárquica y otra antimonárquica del origen de la monarquía). Así se corregía la ideología monárquica imperante en algunos países vecinos (Egipto, Mesopotamia, Fenicia), que divinizaba a los soberanos y les confería un poder absoluto. Incluso un rey perverso, como Ajab, tiene un concepto de su po-

der mucho más limitado que el de su mujer, la reina Jezabel, hija del rey fenicio de Sidón, y se resiste a arrebatar a Nabot la viña que éste no le quiere vender; Jezabel tendrá que arreglar la cuestión al estilo de su tierra (1 R 21).

---

#### 5 SENTIDO MESIÁNICO

Quien recita los salmos en nombre de la Iglesia debe dirigir su atención al sentido pleno de los salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de manifiesto al decir a los apóstoles: «Tiene que cumplirse todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos».

*Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, núm. 109.

---

En la Biblia, la atribución al rey de una filiación divina sólo se encuentra en 2 Sm 7,5-29 y en estos salmos reales, y aun en estos casos con una doble corrección: un riguroso monoteísmo, y también un sentido de igualdad de todo el pueblo de Dios, en virtud de la alianza, que frena la arbitrariedad. En el comentario al salmo 110 trataremos de la cuestión de si los oráculos de estos salmos suponen un ritual de adopción, como generalmente suele decirse, o se trata más bien del ritual de reconocimiento de paternidad.

Son formas típicas de estos salmos el oráculo (que proclama la filiación divina del rey y le promete la victoria) y los augurios de justicia, prosperidad bajo su reinado y, para él, vida y reinado eternos. La fraseología grandilocuente recuerda el llamado «estilo de corte» que encontramos también en textos de otros reinos del Antiguo Oriente, pero en estos salmos responde a una realidad del plan de Dios que, junto con la visión del Hijo del Hombre de Dn 7 y los cantos del Siervo de Yahveh (Is 42; 52,13-53,12; 61,1-2), se cumplirá en la persona del Mesías Jesús.

Podemos asimilar a estos salmos el 132, que ya hemos contado entre los relacionados con Sión (2.1.6.), y que contiene una súplica por el rey que recuerda las promesas a David.

2,6-9 Yo mismo he establecido a mi rey en Sión, mi monte santo.

20 Que te escuche el Señor el día del peligro.

21 Señor, el rey se alegra por tu fuerza.

45 Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey.

72 Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes.

89,1-5.13-38 Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

101 Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor.

110 Oráculo del Señor a mi señor: «Siéntate a mi derecha...».

• *Variante.*

132 Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes.

## 2.4. *Cantos de lamentación y de acción de gracias*

Todos los salmos de los grupos hasta ahora examinados tenían un tono festivo. Los de la presente sección proceden de situaciones dolorosas, ya superadas o todavía no, individuales o colectivas. Lo que más abunda en el Salterio son las súplicas. Cuando la súplica haya sido escuchada, será normal la acción de gracias.

### 2.4.1. *Súplicas personales*

Los salmos de este numeroso grupo presentan algunas formas literarias (invocación, queja, petición) que pueden aparecer también en otros grupos (como los de la felicidad junto al Señor, algunos

de los alfabéticos y los de acción de gracias). De los salmos citados, los pertenecientes a la escuela de Jeremías se indican así: (Jr). Todo el mundo admite la relación entre este grupo de salmos y el libro de Jeremías, y más en concreto las llamadas «confesiones»; pero mientras unos autores sostienen que los salmos derivan del libro profético, otros piensan que, al contrario, en las «confesiones de Jeremías» hay una relectura a la luz de estos salmos.

---

## 6 LA VIDA ES UNA ALABANZA A DIOS

Toda nuestra vida presente debe discurrir en la alabanza de Dios, porque en ella consistirá la alegría sempiterna de la vida futura; y nadie puede hacerse idóneo de la vida futura si no se ejercita ahora en esta alabanza. Ahora, alabamos a Dios, pero también le rogamos. Nuestra alabanza incluye la alegría, la oración, el gemido. Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos; y, porque es veraz el que lo ha prometido, nos alegramos por la esperanza; mas, porque todavía no lo poseemos, gemimos por el deseo. Es cosa buena perseverar en este deseo, hasta que llegue lo prometido; entonces cesará el gemido y subsistirá únicamente la alabanza.

San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 148,1.

---

Los salmos de este grupo presentan completa la siguiente estructura:

a) Invocación, con un vocativo en forma simple («Señor», «Dios mío») o acompañado de un atributo («Dios de justicia»), un imperativo de invocación («escúchame», «sálvame», «líbrame», «no tardes»), una deprecación («que llegue a ti mi clamor», «que suba hasta ti mi súplica») o una expresión indicativa («clamo a ti», «te invoco», «levanto a ti mis ojos / mis manos»), o bien mencionando a Dios en tercera persona («mi grito implora al Señor»).

b) Queja. Suele ser la parte más extensa y expresiva. Puede constar de tres partes, que se presentan en orden variable:

1ª queja por el abandono que sufre de parte de Dios;

2ª lamentación sobre la propia desgracia;

3ª queja por el comportamiento de sus enemigos.

A veces, en estas súplicas individuales y también en las de todo el pueblo (cf. más abajo, 2.4.3.), encontramos un interrogante retórico que es en realidad súplica angustiada ante una situación dolorosa que está durando demasiado tiempo: «¿Hasta cuándo, Señor...»? El tono es a menudo muy atrevido, en contraste con los elogios a la bondad de Dios y las expresiones de confianza que predominan en las súplicas.

c) Petición, a veces incluida en la lamentación o hasta en la invocación. La forma es semejante a la de las invocaciones.

3 Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí.

6 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

13 ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?

22 (Jr) Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

28 A ti, Señor, te invoco. Roca mía, no seas sordo a mi voz.

38 (Jr) Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera.

40,14-18 = 70,2-6 (Jr) Señor, dignate libramme. Señor, date prisa en socorrerme.

41 Dichoso el que cuida del pobre y desvalido.

54 Oh Dios, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder.

55 Dios mío, escucha mi oración, no te cierres a mi súplica.

56 Misericordia, Dios mío, que me hostigan, me atacan y acosan todo el día.

57 Misericordia, Dios mío, misericordia, que mi alma se refugia en ti.

59 Líbrame de mi enemigo, Dios mío, protégeme de mis agresores.

64 Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento, protege mi vida del terrible enemigo.

69 (Jr) Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello.

71 (Jr) A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre.

86 Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy un pobre desamparado.

88 (Jr) Señor, Dios mío, de día te pido auxilio, de noche grito en tu presencia.

102 (Jr) Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue a ti.

140 Líbrame, Señor, del malvado, guárdame del hombre violento.

143 Señor, escucha mi oración; tú que eres fiel, atiende a mi súplica.

• *Variante:*

*Motivos de súplica en salmos de otros grupos.*

25 (alfabético) A ti, Señor, levanto mi alma.

39 Yo me dije: vigilaré mi proceder.

120 En mi aflicción llamé al Señor.

141 A voz en grito clamo al Señor.

Is 38,10-15 Yo pensé: «Mediada la vida, tengo que marchar hacia las puertas del Abismo».

#### 2.4.2. *Súplicas de un acusado inocente*

Se parecen al grupo anterior, pero la situación de vida y cultural es distinta: acusado de culpas que no ha cometido, el fiel pide a Dios que proclame su inocencia mediante una respuesta ritual, pronunciada probablemente a la hora del sacrificio matutino.

Sus características son las siguientes:

a) Invocación, con fórmulas tales como «por la mañana te expongo mi pleito» (5,4); «Pido justicia, escucha mi clamor, escucha atentamente mi defensa» (17,1) o, más conciso, «Hazme justicia» (26,1).

b) Declaración de inocencia, generalmente breve, pero que en el salmo 26,1.3-11 se convierte en una larga lista por el estilo de la respuesta que se daba a los peregrinos que pedían las condiciones para habitar en la casa del Señor. Todo el salmo 131 está escrito según el estilo de una declaración de inocencia.

c) Petición de justicia, que puede adquirir el tono de imprecación contra los acusadores.

5 Señor, escucha mis palabras.

7 Señor, Dios mío, a ti me acojo, líbrame de mis perseguidores y sálvame.

17 Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores.

26 Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia.

• *Variante:*

*Motivos parecidos en salmos de otros grupos.*

35 (Jr) (tono de súplica personal) Pelea, Señor, contra los que me atacan, guerrea contra los que me hacen guerra.

131 (gradual) Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros.

139 (pide a Dios que le guíe) Señor, tú me sondeas y me conoces.

### 2.4.3. *Súplicas del pueblo*

Cuando todo el pueblo sufría una calamidad (derrota militar, invasión enemiga, sequía, plaga de langostas, etc.) se proclamaban ayunos y oraciones públicas para alcanzar de Dios la salvación. Son celebraciones muy antiguas.

Estos salmos tienen una estructura muy constante:

a) Invocación. Suele reducirse a un vocativo: «¡Oh Dios!», «¡Dios mío!», etc.

b) Lamentación por los males padecidos, con una queja por el comportamiento esquivo de Dios y una acusación contra la actitud adoptada por ciertos enemigos (Moab, Edom, Amón, Amalec).

c) Petición de salvación, generalmente en forma imperativa. A veces anticipa ya aquí la acción de gracias.

d) Expresión de la seguridad de que Dios escucha la súplica, o bien anuncio de la acción de gracias.

44 Oh Dios, nuestros oídos lo oyeron.

60 = 108,7-14 Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas, estabas airado, pero restáuranos.

74 ¿Por qué, oh Dios, nos tienes siempre abandonados?

79 Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad.

80 Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño.

83 Señor, no te estés callado, en silencio e inmóvil, Dios mío.

85 Señor, has sido bueno con tu tierra, has restaurado la suerte de Jacob.

89,39-52 Pero tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y desechado.

90 Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

• *Variante:*

*Formas menos típicas.*

12 Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos.

77 Alzo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga.

94 Dios de la venganza, Señor, Dios de la venganza, resplandece.

123 A ti levanto mis ojos, a ti, que habitas en el cielo.

Is 63,7-64,11 Las misericordias del Señor quiero recordar.

Jr 14,1-9.17-22 Judá está de luto, y sus ciudades lánguidas.

Lm 5,1-22 Acuérdate, Señor, de lo que nos ha sobrenido.

Sir 36,1-17 Sálvanos, Dios del universo, infunde tu terror a todas las naciones.

#### 2.4.4. *Confesión de las culpas del pueblo*

Después de la deportación de Babilonia, la experiencia de las desgracias sufridas a consecuencia de la infidelidad del pueblo origina otra forma de súplica colectiva: el reconocimiento de las culpas presentes, que son como una continuación de las que cometieron los padres en tiempos pasados, y a continuación apelación a la bondad de Dios, que, aunque ellos no se lo merezcan, les concederá el perdón y los librará de todos los males que les aquejan.

En el Salterio sólo encontramos un salmo de este tipo, el 106, pero podemos ver plegarias de este género para tiempos críticos (aunque sin la forma poética de los salmos) en momentos tales como los de Esdras y Nehemías (hacia 400 a.C.), las guerras macabeas (hacia 175 a.C.) y la destrucción del templo (el 70 d.C.).

La estructura de este género empieza con una alabanza a las obras de Dios. Continúa la confesión de las culpas presentes y pasadas. Suele haber también un recuerdo de las maravillas obradas por Dios en favor de Israel, en contraste con las infidelidades del pueblo. Finalmente viene la petición, en forma imperativa, y concluye con una promesa de acción de gracias.

106 Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia... Hemos pecado con nuestros padres.

Esd 9,6-15 Dios mío, harta vergüenza y confusión tengo para levantar mi rostro hacia ti.

Ne 9,5-37 ¡Bendito seas, Señor, Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ...Altivos se volvieron nuestros padres.

Dn 3,26-45 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres... Hemos pecado y cometido toda clase de delitos.

Dn 9,4-19 ¡Ah, Señor, Dios grande y temible...! Nosotros hemos pecado.

Ba 1,15-3,8 Mira, Señor, desde tu santa Casa.

#### 2.4.5. *Oración de arrepentimiento*

En Babilonia, durante la celebración del Año Nuevo, en primavera, el rey hacía penitencia pública confesando sus pecados y los del pueblo y pidiendo perdón. Así lo hace el rey de Nínive según el libro de Jonás (Jn 3,6), en un relato que aunque no sea histórico es muy ilustrativo. Tal vez había en Jerusalén una celebración parecida. Si el salmo 51 lo dijo un rey de Judá (como opina Lipinski, para quien se trata de un salmo de penitencia real muy antiguo), los vv. 20-21 son forzosamente un añadido posterior a la destrucción de la ciudad y del templo, ya que contienen una súplica por su reconstrucción. El 130, que como todos los graduales es postexílico, debió decirlo, en nombre de todo Israel, un sacerdote o algún otro representante del pueblo.

51 Misericordia, Dios mío, por tu bondad. Por tu inmensa compasión borra mi culpa.

130 Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz.

#### 2.4.6. *Cantos de acción de gracias*

El orante que había implorado la salvación y ha sido escuchado por Dios, va al templo a cumplir sus votos y ofrecer víctimas en acción de gracias. Ante todo el pueblo proclama el favor recibido e invita a todos los presentes a participar del banquete

sagrado de la víctima que ha ofrecido. A veces se puede dudar de si se trata de una súplica que anticipa la acción de gracias, o es una acción de gracias que recuerda la súplica pasada.

---

## 7 EL ARPA DE DAVID

Si se quiere descubrir el secreto del alma de David, hay que atender cuidadosamente a cómo funciona el arpa. Cuanto más vigorosamente se pulsan sus cuerdas, más fuerte da su sonido, mejor suena. Del mismo modo, cuanto más Dios pulsaba el corazón de David por el sufrimiento y la aflicción, más fuertes y bellos eran sus cantos. «Despierta, alma mía; despertad, cítara y arpa, despertaré a la aurora» (Salmo 57,9). El alma se despierta y se estimula absolutamente del mismo modo que la cítara y el arpa.

Ya'arot Devach, citado por Avrohom Chaim Feuer, *Tehillim* (trad. francesa, Colbo, París 1990), t. I, p. XXXV.

---

Encontramos con gran frecuencia, fuera del libro de los Salmos, una fórmula muy simple de acción de gracias: «Bendito sea el Señor (que ha hecho tal cosa)».

Por lo que hace a la estructura, la de estos salmos es la siguiente:

a) Comienzan con una invitación, parecida a la de los cantos de alabanza, pero con un vocabulario algo distinto: «te enaltezco», «te daré gracias», «bendeciré al Señor», etc.

b) Después se exhorta a sí mismo, o exhorta a los presentes, a proclamar los favores recibidos, con verbos como «anunciar», «proclamar», «contar», «hacer saber» las obras, gestas, prodigios o favores del Señor. Esta exhortación es típica de estos salmos. Es un dar gracias que, más allá del agradecimiento por el beneficio recibido, quiere expresar la admiración y el gozo porque Dios ha mostrado cuán bueno es y poderoso; como cuando en el Gloria de la misa decimos: «te damos gracias por tu inmensa gloria».

c) Finalmente viene la narración de los favores recibidos, mencionando hechos más concretos que los aludidos en los cantos de alabanza.

30 Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

32 Dichoso el que está absuelto de su culpa.

40,2-11 Yo esperaba con ansia al Señor: él se inclinó y escuchó mi grito.

118 Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia... En el peligro grité al Señor.

Jon 2,3-10 Desde mi angustia clamé al Señor y él me respondió.

Sir 51,1-12 Quiero darte gracias, Señor, Rey, y alabarte, oh Dios mi salvador.

• *Variante 1:*

*Motivos de acción de gracias en súplicas personales o en otros contextos.*

18,3-20 Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

22,23-31 Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.

31,8-9.22-25 Te has fijado en mi aflicción... Bendito el Señor que ha hecho por mí prodigios de misericordia.

57,8-12 = 108,2-6 Mi corazón está firme, Dios mío.

66,13-20 Entraré en tu casa con víctimas para cumplirte mis votos.

69,31-35 Alabaré el nombre de Dios con cantos.

71,14-24 Yo, en cambio, seguiré esperando, redoblaré tus alabanzas.

103 Bendice, alma mía al Señor, y todo mi ser a tu santo nombre.

107 Dad gracias al Señor porque es bueno... Que lo confiesen los redimidos por el Señor.

138 Te doy gracias, Señor, de todo corazón.

144,1-2.5-11 Bendito el Señor, mi roca.

145 Te ensalzaré, Dios mío, mi rey, bendeciré tu nombre por siempre jamás.

Is 38,16-20 Me has curado, me has hecho revivir.



## 2.5. *Fidelidad a la alianza, meditación y exhortación*

En los salmos de esta sección no hay propiamente oración, o bien sólo aparece tangencialmente. Se proponen enseñar, meditar, exhortar o reprender. Presentan algunas características de los libros sapienciales y proféticos, y por eso algunos autores también los califican de salmos sapienciales o proféticos.

Los tres primeros subgrupos de esta sección (2.5.1., 2.5.2 y 2.5.3) tienen su situación de origen en la celebración o la renovación de la alianza que, al parecer, tenía lugar cada año. El segundo y el tercer subgrupo tienen más contactos con la literatura sapiencial. Los cuatro subgrupos, pero especialmente el tercero y el cuarto, tienen relación con la predicación profética.

La celebración de la alianza, según el modelo de los tratados o pactos de un gran rey con los reyezuelos vasallos, constaba de los siguientes elementos:

a) Preliminares: convocación del pueblo y de los testigos, invitación a escuchar al Señor.

b) Antecedentes históricos: relaciones hasta entonces mantenidas entre los dos países, o entre uno de los dos reyes y el difunto padre del otro.

c) Cláusulas. En la alianza de Israel, la cláusula fundamental es: «Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo... guárdame fidelidad y respeta al prójimo».

d) Exhortación a guardar la alianza.

e) Enumeración de los testigos: el cielo y la tierra, inscripción del tratado en una piedra o en un documento, indicando el santuario u otro lugar donde se custodiará.

f) Bendiciones y maldiciones, a modo de conjuero para según cumplan la alianza o la infrinjan.

Después de los preliminares, un mensajero habla («Eso dice el Señor...»), recuerda los antecedentes históricos y las cláusulas y proclama las bendiciones y maldiciones.

### 2.5.1. *Cantos que recuerdan las vicisitudes de la historia de la alianza*

Hacen referencia, directa o indirecta, a la alianza, aunque ninguno de estos salmos guarda relación con la fiesta de la renovación.

78 Escucha, pueblo mío, mi enseñanza.

105 Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos.

### 2.5.2. *Salmos alfabéticos sobre la suerte del justo y del injusto*

Son poesías acrósticas, en las que cada versículo, o cada estrofa, empieza sucesivamente con cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Pueden tener un tema único o ser simplemente yuxtaposición de sentencias independientes unas de otras, pero siempre encontramos la contraposición de la suerte del justo y la del injusto. Se hacen eco de la doctrina de los dos caminos (Dt 30,15-20).

9-10 Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas.

25 A ti, Señor, levanto mi alma.

34 Bendigo al Señor en todo momento.

37 No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal.

111-112 Doy gracias al Señor de todo corazón.

119 Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor.

### 2.5.3. *Reclamación por la violación de la alianza*

Es éste un género de poesía muy frecuente en los libros de los profetas, pero raro en el de los salmos.

50 El Dios de los dioses, el Señor, habla.

81 Aclamad a Dios, nuestra fuerza... Tocad la trompeta por la luna nueva.

Dt 32,1-43 Escuchad, cielos, y hablaré; oye, tierra, los dichos de mi boca... Hijos degenerados, se portaron mal con él.

• *Variante:*

*En un salmo de aclamación al Señor, rey del mundo.*

95,7-11 Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá».

#### 2.5.4. *Cantos de reprensión o de amenaza profética*

Se parecen a los subgrupos anteriores, pero estos salmos se dirigen a paganos o a judíos paganzantes (rebeldes, amigos de hechicerías, que hacen objeto de violencia o explotación al prójimo) que no tienen relación con la alianza.

2 ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean un fracaso?

14 = 53 Dice el necio para sí: «No hay Dios».

58 ¿Es verdad, poderosos, que dais sentencias justas?

75 Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias, invocando tu nombre, contando tus maravillas.

82 Dios se levanta en la asamblea divina, rodeado de ángeles juzga.

94,8-11 Enteraos, los más necios del pueblo. Ignorantes, ¿cuándo discurriréis?

• *Variante:*

*Algunos salmos menos definidos.*

11 Al Señor me acodo. ¿Por qué me decís: «Escapa como un pájaro al monte?»



*Músicos en bajorrelieve, de Karatepe.*

52 ¿Por qué te glorías de la maldad y te envalentonas contra el piadoso?

62,4-5 ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre todos juntos, para derribarlo como a una pared que cede o a una tapia ruinosa?

## 2.6. *Piezas singulares*

### 2.6.1. *Bendición sacerdotal. Letanías*

Recogemos en este último grupo un par de salmos difíciles de encajar en alguna de las familias anteriormente consideradas, y que por lo demás sólo tienen en común su carácter claramente litúr-

gico. Con razón se ha subrayado, en estudios recientes, la íntima relación que muchos salmos tienen con el culto, tanto el del Templo como el de las sinagogas.

El primero de estos dos salmos, el 67, se parece mucho a la bendición aarónica de Nm 6,23-27. El segundo también refleja un contexto de bendición litúrgica y de respuesta litánica al pueblo.

67 El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros.

115 = 135,15-21 No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria...